

*Constelaciones*, ed. de Faustino Oncina Coves, ed. Pre-Textos, Valencia, 2017, 250 pp. ISBN: 978-84-16906-44-4.

Faustino Oncina Coves (UV) ha editado *Constelaciones* (mayo de 2017) en colaboración con la editorial Pre-Textos, en un volumen colectivo que recoge las conferencias presentadas en el *Congreso Internacional sobre Historia Conceptual y Método de las Constelaciones* (2015), en el marco del proyecto de investigación “Hacia una historia conceptual comprehensiva: giros filosóficos y culturales”.

Con la edición de *Constelaciones*, Oncina propone el resultado de un proyecto de investigación internacional en el que se reúnen investigadores de distintas universidades de ámbito nacional e internacional —europeo y sudamericano en menor medida— como Giovanna Pinna, de la Università degli Studi del Molise; Carla De Pascale, de la Università di Bologna; Giorgia Cecchinato, de la Universidad Federal de Minas Gerais, Ernst Müller y Falko Schmieder, del Zentrum für Literature- und Kulturforschung Berlin, Cornelius Borck, del Institut für Medizingeschichte und Wissenschaftsforschung de la Universität zu Lübeck, Vicente Serrano, de la Universidad Austral de Chile, o Antonio Gómez Ramos, de Universidad Carlos III, José Manuel Romero Cuevas, de la Universidad de Alcalá, o Sergio Sevilla, Anacleto Ferrer y Francesc J. Hernández de la Universitat de València. No cabe duda de que el lector encontrará en *Constelaciones* una multiplicidad de perspectivas anclada a la transversalidad propia de los volúmenes colectivos de este tipo basada, siguiendo la lógica del título, en el concepto de “constelación”.

La lectura de *Constelaciones* sirve al lector para la toma de conciencia de que existen nuevas propuestas de renovación de la escritura de la historia de la filosofía, lo que tiene que ver, sin duda, con la renovación de la lectura de la filosofía. El volumen de Oncina pretende dar una explicación de lo que en filosofía se ha de entender por “constelación”; el resultado es la construcción de una constelación en sí misma, de una constelación de la constelación, de una “metaconstelación”. En efecto, la investigación abre y persigue diversas líneas que recorren aspectos teóricos y prácticos de amplio espectro que van desde la exégesis del concepto de constelación, tal y como el lector encontrará planteado en el propio ensayo introductorio de Oncina o en la propuesta de Antonio Gómez Ramos, hasta ejemplos precisos y concretos de cómo se ha de llevar a cabo el método de las constelaciones, tal y como lo realizan G. Pinna o Carla de Pascale, o incursiones en el desarrollo conceptual de este método anclado en figuras de primera línea de la Escuela de Frankfurt, como Theodor W. Adorno o Walter Benjamin, y de

la Historia Conceptual, como Reinhart Koselleck. A su vez, es una filosofía productiva que irrumpe, en cierto modo, para excavar la superficie de la filosofía documentada en grandes diccionarios y manuales al uso, fracturar la rigidez con la que estamos acostumbrados a estudiar la historia conceptual y aportar un punto de vista microscópico que optimice la precisión con la que el erudito rastrea y escribe la historia de los conceptos filosóficos. La irrupción de la constelación aparece como la instauración de un estilo constructivo de la filosofía, más cercano al verdadero vendaval histórico en que los protagonistas se encuentran inmersos que a la cúspide fría en que el estilo filosófico tradicional los ha situado.

La constelación se propuso como un método que respondía a una lucha contra la paralización de la filosofía, y el anquilosamiento y la desaparición de su quehacer investigando nuevas formas de hacer vibrar los viejos estandartes del pensamiento. Creo que, en el fondo, regresamos a la historia de la filosofía para investigar, de nuevo, sus aspectos secundarios y así volver a hacer brillar a las grandes figuras, ya que probablemente sea el único modo de alentar nuestra renqueante disciplina. El método de la constelación nace como una aspiración a la superación —tal vez adaptación, no se trata de olvidar— de categorías tradicionales, muy útiles, pero insuficientes, como influencia, tradición o biografía, entre muchas otras.

Según define Oncina, “La teoría de las constelaciones es el método de investigar la concurrencia de autores diferentes en un espacio acotado de pensamiento común con el fin de poner al descubierto itinerarios filosóficos a partir de libros, obras filosóficas, cartas, reseñas, fragmentos y conversaciones”. La concreción del método de las constelaciones se la debemos a Dieter Henrich, filósofo alemán que perteneció al grupo *Poética y hermenéutica* junto a Koselleck, inaugurado en los años noventa del siglo XX; Henrich realizó una de las primeras incursiones en el estudio de la historia de la filosofía mediante el establecimiento de constelaciones del pensamiento en *Konstellationen. Probleme Und Debatten Am Ursprung de Idealistischen Philosophie* (1991), años después de la escritura de *Hegel im Context* (1971). Tal y como advierte Vicente Serrano, la idea de constelación supone un avance con respecto a la idea del “contexto”, pero he de añadir que la superación de ese “contexto” no supone una nueva forma de superar el historicismo al modo de la fenomenología, sino al contrario, implica una atención deliberada en el detalle, partiendo del hecho de que este constituirá el instrumento de una nueva reconstrucción del contexto y permitirá un alcance superior que ayude a entender de un modo óptimo la historia del pensamiento filosófico. Además, hay que apuntar que el método de las constelaciones, según se deduce de *Constelaciones*, no aspira a proyectar una filosofía de la historia, como en ocasiones se podría deducir de un modo vago e impreciso partiendo de la relación consustancial que existe entre el método constelativo y el idealismo alemán con Hegel como principal representante. En efecto, la obra de Henrich ha llevado a cabo esta unión

—idealismo y constelación— hasta el punto de que ya no se entiende el uno sin el otro. Estar en condiciones de realizar un estudio serio del idealismo implica acercarse al método de la constelación. En la constelación propuesta por Henrich, el idealismo alemán es el campo histórico perfecto para el desarrollo de un método que no aspira a una referencialidad —e interpretación— infinita a los grandes autores, sino que se atreve a, en cierto modo, apagar la luz de estos, para encender la de otros que hasta el momento no habían sido considerados de especial relevancia. La ventaja del método propuesto es que nos obliga a desplazar los centros de pensamiento y sus cimientos, para buscar nuevos horizontes y reintroducir no solo nuevos documentos de todo tipo, sino también autores secundarios que el paso del tiempo ha condenado al olvido intelectual —hay que decir que Vicente Serrano no establece las constelaciones utilizando los autores como hilo conductor, sino que las establece a partir de conceptos como, por ejemplo, libertad, absoluto o fe entre otros. Además, no solo se tienen en cuenta los textos canónicos de la historia de la filosofía expuestos monográficamente en una historia lineal de los grandes autores, sino que los círculos concéntricos que se pueden delinear, dibujar y desdibujar no se forjan desde lo canónico y lo tradicional, es decir, lo que comúnmente hemos aceptado como intelectualmente superior al resto, en la medida en que el canon conocido permanece como una pequeña parte, una pequeña estrella, dentro de un sistema gigantesco de acontecimientos entrecruzados, de estrellas, de muy distinta índole. Por tanto, la historia lineal queda, en este sentido, claramente superada, en la medida en que se introducen elementos que alteran la misma linealidad del texto: cartas, notas, conversaciones, informes sacuden continuamente una historia de la filosofía estática y dejan entrever las “condiciones geográficas y temporales” que aspiran a perpetuar una forma de investigar la filosofía que está inmersa en un proceso de continua revolución interpretativa, en la medida en que cada detalle —ya no existen documentos nimios o sin valor, todo importa— altera y reproduce una nueva rama de la constelación que se esté estableciendo. Henrich objeta a los estudios idealistas, por cierto, la dependencia excesiva de los grandes autores. La intención es activar los resortes de la complejidad contextual genuina propia de los asuntos humanos profundizando en la fascinante dimensión oculta del trabajo de la escritura filosófica.

Gracias al testimonio que nos ha legado en forma de documento escrito, Henrich puede establecer que el idealismo alemán es parte constitutiva de la constelación. Pero desde el punto de vista de la constelación, detenerse en el análisis del mero documento escrito, entendido como libro canónico, dará como resultado un análisis plano y superficial del tema de la investigación. De ahí que cobre sentido otra definición distinta de lo que en realidad implica aspirar a delimitar una constelación: “Una constelación es una densa conexión de personas, ideas, teorías, problemas y documentos que actúan unos sobre otros, de tal manera que solo un análisis de esta conexión, y no de sus componentes

aislados, hace posible una comprensión de los logros [filosóficos] y de la evolución de las personas, las ideas y las teorías”. Partiendo de lo dicho, es evidente que la constelación sea posible en nuestra época contemporánea por circunstancias que tienen que ver con la cercanía en el tiempo y la gran cantidad de los testimonios que se nos ha legado susceptibles de una reproducción vectorial. No obstante, el desarrollo del método constelativo aspira, evidentemente, a establecerse como un método científico. De hecho, no puede escapar del viejo debate entre las ciencias naturales y las ciencias del espíritu propiciado en el siglo XIX de la mano de Dilthey.

Martin Muslow, uno de los discípulos de Henrich, apunta a una diferencia sustancial entre la “constelación” y la “escuela” muy interesante, ahondando en la efectividad de la constelación y declarando la obsolescencia de conceptos como el de “escuela”. La aspiración a la permanencia que exige el establecimiento de una “escuela” protagonizaría una rigidez perturbadora del orden natural de los acontecimientos. Pero del mismo modo que la constelación no es una escuela, tampoco es una “red” al modo en que la entiende Collins, ni una arqueología al estilo de Foucault, ni un tipo de constelación benjaminiana o adorniana, que van por senderos distintos del de Henrich en su desarrollo de la constelación.

Como forma refinada de hermenéutica, la constelación es un método interpretativo, pero su fundamento epistémico no se encuentra en Gadamer y la tradición hermenéutica, de quien recibe su otra gran influencia, ni en Benjamin ni Adorno, quienes también hablan de la constelación, sino en la sociología de Alfred y Max Weber, de quienes hereda el interés por “el uso histórico de la metáfora de la constelación”. Además, en Max Weber, “es importante la objetividad del fenómeno que se investiga y la importancia de la investigación misma, libre de valores... Así la idea de constelación es particularmente apropiada para las ciencias del espíritu, o de la cultura, donde se producen fenómenos individuales e irrepetibles”. La idea de constelación supera a la de mera “explicación” causal de la ciencia natural y pretende ser más objetivista que la hermenéutica sin renunciar a la dimensión histórica primigenia de las ciencias del espíritu. He aquí el inicio de la metáfora de constelación tal y como la entiende Weber, una de las principales influencias de Henrich, “y es que —según afirma Antonio Gómez Ramos— los fenómenos individuales del pasado no se comprenden por algún tipo de adivinación empática... sino situándolos en una compleja y densa conexión de relaciones causales, cada una de ellas contingente, que Max Weber denomina constelación”.

La constelación como metáfora desempeñó un papel importante en la sociología del conocimiento de la mano de Alfred y Max Weber y, sobre todo, en Mannheim, Benjamin y Adorno. En este sentido, Müller —también lo explica Falko Schmieder— resalta un matiz muy interesante en su reflexión sobre la relación de la sociología de Mannheim en *Sociología del saber* y el concepto de constelación. Mientras que en Alfred Weber encontramos una metáfora de la constelación fundada en su semejanza con la astronomía, en Mannheim la interpretación de este fenómeno

metodológico derivaría hacia un paradigma astrológico “de la contemplación de la imagen de las estrellas”. Para A. Weber la vertiente astronómica implicaría “la objetividad del observador externo”. Pero Mannheim tiene puesta la mirada en una “relación plural” de una “totalidad dinámica”, en la que uno de sus presupuestos básicos es que el observador forma parte de la constelación que aborda suprimiendo dos aspiraciones que la modernidad sociológica ha querido ver en el individuo de la mano de A. y M. Weber: la centralización del sujeto autónomo. Una de las cosas que más fascina a Mannheim como descubridor de constelaciones es que la astrología describe el movimiento de las estrellas como “relaciones objetivas constatables”, siguiendo el modelo de las ciencias naturales. De un modo paradójico, por cierto, el paradigma astrológico, muy lejos de representar cualquier presupuesto científico en nuestra realidad académica, queda referenciado como modelo de la objetividad entre las relaciones de los elementos de la constelación.

Müller detalla algo que es de lo más interesante. Citando a Henrich afirma que la constelación se trata de una relación de desarrollo “inmanente” y que su meta es “descubrir la construcción real incluso del sistema de Hegel mejor que él mismo”. Entiendo que conocer la obra de un autor mejor de lo que el autor se conocer a sí mismo significa conocer, desde la distancia, las condiciones generales que propiciaron la gestación de sus ideas. La pretensión del método ha de ir en este sentido más allá de la mera interpretación de textos; implica urdir la jerarquía de conexiones que le llevaron a esas ideas. Cuando el intérprete pretende hacer una lectura de un autor que podríamos denominar absoluta partiendo del autor en sí mismo, el intento podría acabar en la relativización de la investigación.

En Benjamin encontramos una idea distinta de lo que implica la constelación. La constelación benjaminiana se encuentra en dos obras importante de su producción *El origen del Truenspiel alemán* y *El libro de los pasajes*. La más interesante es la que encontramos en *El libro de los pasajes*, de la que se encarga Romero Cuevas. La constelación benjaminiana resulta de un proceso de “montaje y ensamblaje” de una multiplicidad de fragmentos provenientes de “textos, imágenes, objetos y realidad del mundo urbano” arrojada a la necesidad de consolidar un significado desde la inmensa variedad de textos a ensamblar. La constelación de textos adquiere en Benjamin un poder de captación onírica del pasado. ¿Cómo nace un significado de un grupo de fragmentos que aspiran a tocarse por los extremos? Lo llamativo de la idea en Benjamin es que no tiene en cuenta la intencionalidad del mismo proceso de ensamblaje, puesto que su pretensión es provocar una especie de explosión del pasado en el presente, a modo de advenimiento repentino de la visión histórica concreta respaldado por la posibilidad de la objetividad que encontramos gracias a la “idea” benjaminiana: “Las ideas son constelaciones eternas”. Las ideas del drama barroco no serían construcciones del historiador, sino que tendrían un carácter objetivo y como tal constituyen en interpretaciones objetivas de los fenómenos. Tal



premisa posibilita la realidad de la constelación en Benjamin. El significado “surgido en la constelación de modo repentino... surge de manera no intencional, de modo que el observador se ve sacudido por un significado que sabe no proyectado o interpretado por él, sino que irrumpe en su experiencia conmoviéndola”. En Benjamin encontramos una pretensión política de transmisión directa del significado del pasado, repentina, en la que la categoría de proletariado ocupa un lugar central. La constelación está al servicio de la búsqueda del despertar de la conciencia de las injusticias sufridas y no enmendadas que el filósofo alemán lanza directamente contra la idea de progreso histórico. En este sentido la constelación de Benjamin tiene poderes y formas de buscar la objetividad que resultan expeditivas y que son muy diferentes a las propuestas de Henrich o Muslow. La constelación actúa para corregir la discontinuidad de la historia, y la historia, que hasta ahora se había presentado como historia de logros, reaparece como la historia de las injusticias no resueltas.

En Koselleck la constelación tiene un papel más oculto que recae, sobre todo, sobre la pertenencia del historiador de los conceptos a una constelación como forma de recibir conceptos y volver a proyectarlos en forma de descubrimiento hermenéutico de las frustraciones. Para Koselleck, los conceptos tienen una estructura interna temporal. Como si de conceptos fósiles se tratara, el tiempo acaba estratificándolos y sepultándolos, a distinta profundidad, en tanto que el paso del tiempo los ha sedimentado. En este sentido los conceptos cambian el significado en el tiempo, expresan cambios en la experiencia. Las dos categorías principales empleadas por Koselleck son “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativas”. Para Koselleck, el diagnóstico de la modernidad reside en que existe una asimetría entre ambos conceptos de modo que el terreno ganado por los “horizontes de expectativas” a “los espacios de experiencia” ha generado la ilusión de una consecución inmediata del futuro esperado, y con ello frustración. Pero lo fundamental para Romero Cuevas se encuentra en que los horizontes de expectativas del pasado podrían tener un papel importante en los lectores modernos, en tanto que propician un acceso a las expectativas frustradas de nuestros antepasados. Estas expectativas “utópicas” pueden transmitirse como “componentes frustrados” de los conceptos políticos. Entonces, si el historiador conceptual puede verse afectado por esas expectativas frustradas pasadas que tiene la capacidad de descubrir y descifrar como estratos sedimentados de los conceptos políticos tal y como se plantearon el pasado, el historiador como componente de la constelación de una época concreta podrá asimilarlos, y esa constelación podría ser “especialmente productiva para la labor de una historia conceptual que aspira a ser crítica del presente, en cuanto que posibilitaría que el horizonte de expectativas sedimentado en determinados conceptos políticos logre apelarnos en nuestro presente como anhelo, representación” de justicia y libertad no realizados pero que exigen una realización y el abandono de la frustración estratificada debido al paso del

tiempo y a la imposición de nuevos contextos. La idea de discontinuidad benjaminiana también está presente, en este sentido, en Koselleck.

En *Constelaciones* se desarrollan todas estas ideas en profundidad, de un modo exegético en el que nos falta un postulado crítico muy importante. El método de las constelaciones trata de recuperar el detalle y lo que hasta hace muy poco se ha considerado irrelevante o paria del universo filosófico. Este método, en cualquiera de sus vertientes, es una forma de presentar el pasado: con Henrich presenciamos un acceso dinámico a la tradición como condición de posibilidad de formación de la constelación; con Benjamin, por citar a otro representante de este particular universo hermenéutico, lo que presenciamos es la captación del momento concreto, paralizado, intentado provocar en el lector contemporáneo una “imagen dialéctica”, a la vez que evita la recreación histórica de la dialéctica del idealismo. Activar o detener la historia no deja de ser un intento de interacción de la totalidad de los elementos de la constelación.

Creo que el sentido que Henrich otorga a la constelación es el que la ha capacitado para sobrevivir al paso de los siglos. Le ha dado eternidad y nuestro horizonte de expectativas con respecto al método como un modo de mantener viva la filosofía es inconmensurable, tal vez demasiado inconmensurable. Ello no evita que surjan dudas, tal y como el propio Oncina expone. La intencionalidad del método es limitada, sobre todo, cuando la pretensión del historiador es estudiar la época griega y medieval de la filosofía. Al enfrentarse a la contingencia de tiempos lejanos, este método es incapaz de neutralizar con exactitud lo griego, lo romano, lo medieval y conformar constelaciones con una precisión parecida a la propuesta por Henrich. En este sentido no hay aportación metodológica verdaderamente innovadora. Por otra parte, existe el peligro del olvido de la crítica que podría afectar al método, en el sentido en que lo podría convertir en algo estéril, o en una “mera demoscopia doxográfica”. Por tanto, podríamos preguntarnos: ¿queda asegurado el éxito del método de la constelación en todas las épocas y círculos? ¿Se pueden trazar constelaciones en otros ámbitos? ¿Tiene validez metodológica para entender ciertos fenómenos históricos? ¿No tendría consecuencias perniciosas para el estatus de la filosofía de primera línea la relativización del valor de sus textos y autores? ¿No estaríamos incurriendo en una relativización del valor de la filosofía misma si todo es válido? Según Oncina, el peligro es que puede convertirse en una irreflexiva doxografía y en una suerte de endogamia conceptual autocomplaciente, cuya única solución sería la continua ampliación del campo de visión desde la historia conceptual.

**José María Jiménez Caballero**